

Médicos y medicina en la vida de un libro

ENRIQUE CÁRDENAS-DE LA PEÑA *

Una vez entresacadas las fichas biográficas de médicos y colaboradores cercanos a la medicina, del libro Mil personajes en el México del siglo XIX, se cae en la cuenta de que 8.6 por ciento del total representa al grupo profesional, y 3.3 por ciento al de quienes tienen alguna injerencia con la rama médica. El estudio enfoca diversos perfiles de la personalidad de los escogidos, e incidentes circunstanciales vividos por cada quien. En apartados diferentes, resolviendo las actuaciones en grupo, trátase de la ideología, intervenciones y militarismo, juarismo, política y cargos públicos, presidencia, diplomacia, enseñanza y educación, arte, literatura, escritos no médicos, palmas académicas, periodismo, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, oratoria, plástica, música, química, farmacia, botánica e historia natural, salubridad y beneficencia, Escuela Nacional de Medicina, Academias, investigación y primicias, variaciones y filantropía. En breve perspectiva se maneja el panorama de la trayectoria médica del siglo. Enunciado concluyente el de que el médico en cualquier época resulta ingrediente necesarísimo, representativo de su tiempo.

Recibido: 21 de julio de 1982.

Aceptado: 7 de febrero de 1983.

Presentado en sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 21 de julio de 1982.

“Cuando se piensa en lo poco que se sabe sobre las personas que más se han frecuentado, en la ignorancia en que nos quedamos a menudo sobre aquél con quien se ha vivido inseparablemente, me refiero a sí mismo, me lleno de temor ante la idea de plántar sobre la arena movediza del testimonio humano la reconstrucción de un carácter y la tarea de hacer la historia de un hombre”.

Henri Bergson

* Académico numerario.

En los años 1973-1974 coordiné y escribí, acompañado por un número corto de colaboradores, el libro *Mil personajes en el México del siglo XIX*, patrocinado por el Fondo de Cultura Económica. Durante el trienio 1979-1981, Banco Mexicano Somex, S. A., se ha servido editarlo en cuatro volúmenes dignos. Característica fundamental del ensayo histórico, la de su aporte iconográfico, como señalamiento el más connotado, puesto que las notas biográficas, reducidas a un máximo de cuarenta líneas, resultan solamente bocetos, pinceladas, o el descorrer sobrio del espectáculo vital de cada quien. Tal y como lo asevero en el *Preámbulo* del texto, la presencia de los seleccionados, de los que figuran, se concreta gracias a "hechuras sobresalientes relatadas en semblanza meteórica".

Vale advertir que el conjunto nos lleva de la mano al encuentro con hombres de todos los partidos, representativos de diferentes clases sociales, actuantes en bandos disímboles, conjugados en la vida nacional durante una etapa que corre principalmente entre los años 1840-1870. La presencia de todos los seres resulta necesaria en el devenir de un pueblo o de una sociedad. Del punto de comparación o del contraste entre ellos mismos afloran consecuencias fructíferas. De allí que, sin temor a la crítica por poder parecer tibio o moderado, la exposición recoja un desfile de federalistas o centralistas, republicanos o monárquicos, patriotas o intervencionistas, liberales o conservadores, sin tomar en consideración su bandería o partidismo. Surgen pensadores junto a pintores y arquitectos, juristas y militares, científicos y poetas, jefes de Estado, embajadores y viajeros ilustres. Un sinfín de temperamentos y caracteres enlazados a la vida de México dentro del trepidante siglo XIX, el de eternas insatisfacciones y desasosiegos, el de sacudimientos propios de una nacionalidad incipiente, el de invasiones arteras que amputan el territorio u opacan la claridad libertaria.

El sentido objetivo del enfoque pretende centrar al hombre. Ni héroes impolutos ni villanos integrales. Todo transcurrir acusa claroscuros. Sin oficiosidad y sin intransigencias, para no deificar o denigrar. En nuestra historia —y no sólo en la del siglo XIX— con frecuencia se fraguan perfiles de ídolos falsos y desaparecen las verdaderas imágenes. Se aventura demasiado, se hipertrofia o se desvanece y, en extremos opuestos, frente a los panegiristas se sitúan los deturpadores. El propósito de la obra ha pretendido encontrar el justo medio, un principio de medida y ecuanimidad con que todo historiador debe contar. Sólo una referencia escueta, impresa con espontánea sinceridad. Para aligerar las distancias abismales obtenidas precedentemente en las narraciones históricas. Con el fin primordial de crear una conciencia mexicana donde se olviden diferencias diametrales. Porque, querámoslo o no, el recorrido palpitante de la patria recoge a todos sus hijos. Jaime Torres Bodet lo externó sin resabios: "Si conservadores y reformistas, liberales y reaccionarios resucitaran, ¿qué consejo mejor podrían proporcionarnos que el de

no vulnerar la unidad ascendente de la nación. Ellos, que no admitieron en vida la coexistencia de sus entusiasmos dispares y vehementes, no han logrado evitar que los cubra, por encima de los sepulcros, un amor que es respeto para los héroes y magnanimidad y perdón para los que erraron".¹

Con la aclaración añadida de que van incluidas entre las reseñas biográficas las de quienes, extranjeros, desempeñan por ese entonces un juego trascendente que complementa el *substratum* histórico de la nación. Ninguna época puede estudiarse ya sin la inclusión de quienes contactantes interpretan al país, aportan un caudal de experiencias y de costumbres ajenas, o resultan asimilados por el contexto del medio vernáculo. Mucho menos si se trata de este siglo donde el extraño se posesiona del territorio y lo desmiembra, o al menos se infiltra en él, sintiéndose su dueño.²

Pues bien. Un día sentí la curiosidad de conocer qué fracción del contenido pertenece a los médicos y a la medicina del siglo XIX en que se afianza. Y me encontré con un feliz hallazgo, no por feliz menos asombroso. De las mil notas biográficas escritas, 85 son de médicos, y 33 más, de personajes relacionados en algún ángulo con la medicina. O lo que es lo mismo, la injerencia médica en el contexto de la obra representa 8.6 por ciento para los ejercitantes de nuestra profesión, 3.3 por ciento para quienes se yuxtaponen, y 11.9 por ciento para el gran total. Cifra por demás llamativa: más de una ficha, de diez contadas, pertenecen a la ciencia médica. De allí el título de esta exposición: *Médicos y medicina en la vida de un libro*.

Ideología

No es mi propósito referir los hechos sobresalientes relacionados con el desenvolvimiento y la expansión de la medicina en México durante el siglo XIX, sino hacer hincapié sobre ciertos enfoques advertibles al recorrer las notas biográficas médicas en conjunto, siempre dentro de un marco histórico genérico. Desde luego, destacar que médicos los hay de ideologías diversas, así federalistas como Juan Manuel González Ureña, liberales recalcitrantes como Ignacio Herrera y Cairo —más conocido por haber sido miembro del partido, haber reprendido severamente al clero y prohibido toda venta de bienes eclesiásticos bajo cualquier carácter, combatir en Jalisco y ser fusilado sin formación de causa en Ahualulco de Mercado, que por ser médico— o Fernando Orozco y Berra, quien nunca logra la aceptación de la sociedad poblana por defender sus convicciones en medio tan mojado, o monárquicos declarados, así Luis Hidalgo y Carpio, Ángel Iglesias y Domínguez, Luiz Muñoz y el gran clínico Miguel Francisco Jiménez, muy aparte naturalmente de quienes acompañan a Maximiliano como médicos de cámara, Federico Semeleder primero y Samuel Basch después. Caso relevante en este sentido, el de Manuel Saturnino Soriano: encargado por el emperador para organi-

zar una Casa de Maternidad, no acepta la comisión sino hasta después de recibir autorización del gobierno liberal, para no vencer sus principios.³

Intervenciones y militarismo

La vida independiente de México es de continuos desgarros; en un instante dado, hasta de cercenamiento. Las clases dominantes, heredadas de la Colonia, las son en principio el clero y el militarismo. Nada tiene de extraño, pues, que por dichas circunstancias, los médicos empuñen las armas o se enrolen en el ejército ante las intervenciones habidas, o destaquen dentro del terreno médico-militar propiamente dicho. Cabe recordar que es en pleno siglo XIX, cuando se deslindan los antecedentes de un cuerpo de sanidad militar, la Escuela Médico Militar y los hospitales "de sangre". En los años cruentos de 1846-1848, ante el avance de las tropas norteamericanas, al menos doce médicos resultan defensores de la patria.⁴ De ellos, cuatro caen prisioneros: José María Barceló y Villagrán, amén de Juan N. Navarro, en Churubusco; Pedro van der Linden en Cerro Gordo, tras su entrevista con Zacarías Taylor, enviado para parlamentar por el mismísimo Antonio López de Santa Anna; y Gabino Barreda, el discípulo de Augusto Comte, el introductor del positivismo en México y fundador de la Escuela Nacional Preparatoria, en las cercanías de Chapultepec. Hay quien, como Francisco Ortega del Villar, combate en más de una ocasión; él está presente en Churubusco, El Peñón y San Antonio. Van der Linden, aparte de su actuación en Cerro Gordo, previamente ha socorrido a los heridos en Buena Vista. Alguien que ha sido estudiante de medicina, por nombre José María Mata —el juarista acompañante del Benemérito, de Melchor Ocampo y de Ponciano Arriaga en Nueva Orleans— nada menos es hecho prisionero, también en Cerro Gordo.

Lugar de especial mención lo ocupan dos españoles asimilados a nuestro medio, por su entrega durante la invasión de los Estados Unidos de Norteamérica. Un hombre y una mujer. El, Antonio García Gutiérrez, el excelso poeta del drama *El Trovador*, estudioso de las ciencias médicas en España antes de su traslado a México y su dedicación por entero al manejo de las letras: combate al invasor. Ella, la vicentina Micaela Ayáns, directora práctica del Hospital de San Pablo, luego Hospital Juárez, quien en aquellos aciagos días, sin importarle la escasez de medicamentos y de espacio, atiende a muchos de los heridos de Churubusco y Padierna, proporcionando además alimentos a la gran multitud de mendigos que por entonces llaman a las puertas de la institución.

En 1862-1863 tienen lugar la batalla del 5 de mayo, gloriosa para las armas mexicanas que comanda Ignacio Zaragoza, y el sitio de Puebla por los franceses. Participan en el combate Félix Arreguín —ese médico michoacano que con esfuerzo inaudito rescata el cuerpo de Melchor Ocampo,

acribillado en Tepeji del Río, para trasladarlo hasta la capital—, Francisco Montes de Oca, el hábil cirujano, y otro Herrera y Cairo, Anacleto, quien ha estudiado medicina. Al sitio asisten José María Marroqui, el futuro cronista de la ciudad de México y Antonio Peñafiel y Barranco, como soldado y como médico.

De los 86 biografiados profesionales, 27 son militares y médicos a la vez, aproximadamente una tercera parte del total.⁵ De todos ellos, quizá los dos más relevantes en este terreno sean Pedro van der Linden, fundador de la Escuela Práctica Médico Militar en 1855 y del Hospital llamado de Santa Anna, y Pedro del Villar, quien en 1836 erige un Cuerpo de Salud Militar y en 1841 propone la creación de un Hospital Militar de Instrucción. Andrés Almaraz actúa como mayor farmacéutico del Cuerpo Médico Militar, y Alfonso Herrera, el célebre naturalista, alguna vez es ayudante de tal Cuerpo.

Juarismo

La Guerra de Reforma y la Intervención rompen todos los cauces de las pasiones: son lides a muerte. Los médicos se inclinan hacia uno u otro bando. Así como algunos se acercan a Maximiliano, otros atienden o tienen tratos con Benito Juárez. Rafael Lucio es el médico personal del indio de Guelatao, como lo fuera Casimiro Liceaga de los Iturbides y Pedro van der Linden el favorito de Santa Anna. Juan N. Navarro es quien estudia el proyecto de establecimiento de una Casa de Maternidad y Hospital Infantil, por encargo suyo.

Tras las descargas que en el Cerro de las Campanas concluyen la aventura de los Habsburgos, el embalsamamiento del emperador provoca situaciones desagradables: Vicente Licea, encargado de la autopsia y la conservación del cadáver, es acusado por la venta de varias pertenencias y hasta despojos del archiduque; la princesa de Salm Salm promueve litigio contra él. No está de más decir que también se le acusa de la denuncia de Miguel Miramón, porque sirve tanto a imperialistas cuanto a republicanos. Al defender su postura profesional, sostiene que "el médico debe preocuparse muy poco del culpable o del inocente, de la víctima o del verdugo; para él no debe haber otra cosa que seres humanos a quienes imparta auxilios cuando sufran, sin fijarse nunca en las condiciones privadas de ninguno de ellos, ni menos apasionarse en un sentido o en otro". Rafael Ramiro Montañón, acompañado por Agustín Andrade e Ignacio Alvarado, para dejar en buen estado de conservación el cuerpo embalsamado con defectuosa preparación, reconocen el cadáver y efectúan los trabajos de reembalsamamiento. En fin, el propio Ignacio Alvarado asiste a Juárez durante la breve enfermedad que lo llevó a la muerte; luego, junto con Rafael Lucio y Gabino Barreda, embalsaman entre los tres el cuerpo del patricio.

Política y cargos públicos

El momento político, en México, siempre causa revuelo. El país, en el siglo XIX, entre cuartelazos, derrocamientos, cambios de poder, sacude sus resabios coloniales, tratando de encontrar una nacionalidad que persigue con ahínco. Los médicos no escapan de la tentación o de la ocasión. Y así los vemos en el sendero de la política o en el de cargos públicos que se traducen muchas veces en feroz empleomanía, trascender hasta puestos muy importantes. Los hay presidentes del Ayuntamiento de México, como Manuel Carmona y Valle y Valentín Gómez Farfías; regidores, como Ramón Macías, José María Marroquí y Luis E. Ruiz; diputados, tales Joaquín Blengio y Molina, Manuel Eulogio Carpio, José Eleuterio González Mendoza, Juan Manuel González Ureña, Juan N. Mirafuentes, Isidoro Olvera, José Peón y Contreras e Ignacio Pombo, entre otros; senadores, así el propio Carpio, Pedro José Escobedo y Aguilar, Casimiro Liceaga, Manuel J. Domínguez, Ignacio Martínez, Agustín Ruiz Olloqui, Simón Sarlat Nova; y gobernadores. De éstos, José Eleuterio González Mendoza lo es de Nuevo León; Juan Manuel González Ureña de Michoacán, al igual que Rafael Montañón Ramiro; León Covarrubias y Acevedo, de Querétaro; Ignacio Herrera y Cairo, de Jalisco; Juan N. Mirafuentes, del Estado de México; y Simón Sarlat Nova del de Tabasco en varias oportunidades. Perfecto G. Bustamante ocupa la legislatura de Jalisco; Ignacio Gama es jefe político de San Luis Potosí.⁶ De entre quienes estudian medicina, Blas Escontría y Bustamante llega a ocupar la cartera de Fomento, Colonización e Industria durante el régimen de Benito Juárez; Juan Antonio de la Fuente es secretario de Hacienda, Justicia y Gobernación; Anacleto Herrera y Cairo es gobernador de Jalisco; y José María Mata resulta ministro de Hacienda. Francisco Mejía Escalada, estudiante de farmacia —entonces impartida en la Escuela Nacional de Medicina—, funge como ministro hacendario en el seno del último gabinete juarista.⁷ Claro está que más de uno de los biografiados ocupa varios puestos públicos sucesivos.

Presidencia

Empero, en la política quienes ascienden hasta la presidencia de la nación, siendo médicos, son dos: Anastasio Bustamante y Valentín Gómez Farfías. Antítesis el primero del segundo. De extracción realista, iturbidista y centralista el uno, en tanto el otro resulta federalista y liberal en extremo. Militar, quien interviene en el escandaloso y triste deceso de Vicente Guerrero; civil, el que se destina a apoyar la candidatura presidencial de Guadalupe Victoria y a aplicar una serie de reformas de tendencia avanzada, sobre todo en relación a nuevos planes de estudio. Mientras Bustamante puede ser considerado como el autor del primer "golpe de Estado" habido en el transcurso de la vida independiente de México, Gómez Farfías es el creador de la Dirección de Instrucción Pública a la supresión de la Real y Pontificia Universidad.

Ambos ocupan por algún tiempo la vicepresidencia del país. En tanto Anastasio alcanza el poder máximo dos veces, Valentín lo adquiere en cinco opciones de corta monta. Ambos, esto sí, ejercen su profesión durante breve época: Bustamante en San Luis Potosí y Gómez Farfías en Aguascalientes. Ya muy viejo y enfermo, este último jura la Constitución de 1857. Las ideas de los dos resultan tan diametralmente opuestas, que en cierta ocasión Valentín es arrestado por instrucciones del exrealista.

Diplomacia

En diferente terreno, los médicos incursionan por la diplomacia. Gabino Barrera es ministro plenipotenciario en Berlín, José Ignacio Durán despacha en las legaciones de México en Francia e Italia, Ramón Macías va como agregado a París y Washington, José María Marroquí resulta cónsul en Barcelona, José Pablo Martínez del Río aparece como enviado extraordinario ante el Imperio Otomano, y Juan N. Navarro ocupa el cargo de cónsul general en Nueva York. De quienes sólo estudian medicina, José María Mata representa al país como embajador del gobierno juarista en los Estados Unidos de Norteamérica por largo tiempo, pero el que más destaca es Juan Antonio de la Fuente. Además de ser ministro plenipotenciario en Francia, donde con gran celo patriótico y actividad asombrosa trata de resolver la delicada cuestión del pago de la deuda extranjera, en seis oportunidades maneja la Secretaría de Relaciones Exteriores, y durante una de ellas es expedida la Ley Consular. Del Perú nos llega Manuel Nicolás Corpancho, médico limeño que ante Juárez presenta credenciales como encargado de negocios y cónsul general en México; se interesa porque nuestro gobierno y el de Guatemala reanuden relaciones diplomáticas, entonces suspendidas, pero por su notoria postura en favor del partido liberal, la Regencia lo expulsa y, al abandonar suelo mexicano, muere trágicamente al incendio del buque en que viaja con destino a La Habana. Uno de los filántropos ligados a la medicina, Ignacio Valdivielso, patrocinador del Instituto Oftalmológico que lleva su nombre, hoy por hoy reconocido como Hospital de la Luz, es diplomático "de carrera": agregado a la primera misión mexicana en Roma, luego es cónsul general en las ciudades hanseáticas, secretario de Miguel Santa María al negociarse en España el tratado de reconocimiento de la Independencia de México, y ministro de hecho en Madrid y Roma.⁸

Enseñanza y educación

Independientemente de impartir la docencia, donde se ubican los más,⁹ los médicos tienen injerencia en los asuntos referentes a la enseñanza y la educación en general. Ignacio Alvarado colabora

en la preparación de la Ley de Enseñanza al lado de Gabino Barreda y del naturalista Alfonso Herrera, en el decurso de 1867. Nuestro conocido Gabino Barreda forma parte de la Junta Directiva de Instrucción Pública del Distrito Federal que el 2 de diciembre de tal año expide la ley donde se establece la educación primaria obligatoria, gratuita y laica. El será el primer director de la Escuela Nacional Preparatoria. De Valentín Gómez Farías hemos externado ya la capital reforma a la instrucción hacia 1833, cuando surge el Establecimiento de Ciencias Médicas. Juan Manuel González Ureña, allá en su Estado natal, es miembro de la Junta de Instrucción Pública. Miguel Francisco Jiménez funge como consejero de Instrucción Pública, Luis E. Ruiz forma parte del cuerpo de profesores de lo que ha de ser la Normal de Profesores y alcanza el cargo de director general de Educación del Distrito Federal, y Simón Sarlat Nova, en Tabasco, favorece extraordinariamente la educación pública. Entre los allegados a la medicina, en este sentido destacan Ramón Isaac Alcaraz, ministro del ramo con Benito Juárez, y Alfonso Herrera, director que fuera de la Escuela Nacional Preparatoria.¹⁰

Arte. Literatura

Alguna vez la medicina fue evaluada como "el arte de curar". Si no es propiamente tal, sí encierra mucho más de ciencia y ahora de técnica, si entraña la sensibilidad precisa, exacta, que la coloca muy cerca. El arte, en forma por demás escueta, puede definirse como "la creación de belleza por el hombre". Augusto Rodin, con largura, lo consideró como "contemplación, placer reservado al espíritu que penetra dentro de la naturaleza y adivina en ella el alma de que él mismo está animado; misión la más sublime del hombre, puesto que consiste en un empeño de la inteligencia por comprender y hacer comprender el mundo". El médico siempre ha guardado, para sus minutos de reflexión, un especial interés por él. Quizá para alentar su propia existencia, hundida entre el dolor y la muerte. También para fugarse hacia mundos sensibles, emotivos, que le conciernen, y centrarse en un universo optimista, riente, caluroso. Aunque de repente despierte y trueque la alegría en temor, desesperanza y hastío.

En la literatura, los médicos del siglo XIX conforman un haz compacto y sólido. Exponentes los hay que destacan en las letras nacionales. Que no pueden ser excluidos de las antologías. Tócame señalar que, de los 86 biografiados, 15 escriben,¹¹ y escriben bien; de los yuxtapuestos a la medicina, seis invaden el territorio literario elocuentemente.¹² Médicos, Manuel Eulogio Carpio, cuya poesía, vertida en poemas de la calidad de *México* o *El Popocatepetl*, conduce a Marcelino Menéndez y Pelayo a incluirlo en su *Antología de poetas hispanoamericanos*, y a José Joaquín Pesado a publicar sus obras, reunidas en un tomo. Agustín F. Cuenca, amigo íntimo de Manuel Acuña, autor

de transición entre el romanticismo y el modernismo, quien escribe su drama *La cadena de hierro* e interpreta en su poesía, antes que Manuel José Othón, el sentimiento del paisaje mexicano, ensayando efectos de musicalidad en su poema *La mañana*. José María Marroqui, consultante de los archivos municipales, donde encuentra los elementos necesarios para escribir su trabajo intitolado *La ciudad de México*, en el cual aporta una serie de datos que hasta entonces han pasado inadvertidos a los historiadores; hacedor, además, de la novela *La llorona* y de múltiples notas historiográficas; hombre que, por sus críticas incisivas, recibe el trato de "Severo Pesado" por Joaquín García Icazbalceta. Fernando Orozco y Berra, hermano del célebre historiador Manuel, de los mismos apellidos, autor de la novela autobiográfica *La guerra de treinta años*, de comedias, artículos y versos, amén de ser copartícipe con Manuel de Zamcona en el enredo *El novio y el alojado*. Y José Peón Contreras, cuya capacidad creadora para escribir obras de teatro ha sido comparada con la de Lope de Vega, en cuyo género *La hija del rey* resulta lo más importante de su producción; tan es así, que le vale ser coronado como "el restaurador del teatro en la tierra de Alarcón y Gorostiza". No porque los demás sean indignos de merecer crédito: Joaquín Blengio y Molina lanza sus *Sonetos*; Manuel Nicolás Corpancho las *Flores del Nuevo Mundo*; Manuel J. Domínguez Quintanar varias novelas, entre ellas *Peñastlán* y *El Capitán Fortuna*; Demetrio Mejía la novela histórica *Entre el amor y la patria*; y Manuel Peredo la comedia en verso *El que todo lo quiere*. Juan Manuel González Ureña vuelca su inspiración en algunas poesías líricas y en varias obras dramáticas; Juan N. Navarro es considerado por Mariano de Jesús Torres poeta tan selecto, que lo incluye en el *Parناسo Michoacano*; los hermanos Aniceto y Francisco Ortega del Villar sienten inclinación por las letras y redactan sonetos y romances; en fin, Francisco Patiño publica sus composiciones en *La Juventud Literaria*.

De los no médicos, entre los estudiantes de medicina tres por lo menos son dignos de palmas poéticas. El de mayor altura, Manuel Acuña, bardo saltillense reconocido por sus dudas, angustia y tristeza capaces de llevarlo al suicidio en la propia Escuela de Medicina de México, autor del *Nocturno a Rosario*, inspiradora ella de versos y pasiones, y del poema *Ante un cadáver*, según Menéndez y Pelayo, "una de las más vigorosas inspiraciones con que puede honrarse la poesía castellana de nuestros tiempos". Acuña, en toda su trayectoria, exalta los ideales románticos y positivistas de la época, y al preguntarse por el origen y el destino del hombre, en sustitución del culto a un ser supremo pugna por la religión de la ciencia. Juan Díaz Covarrubias es el joven de 22 años que es pasado por las armas inicuaamente en Tacubaya aquel aciago 11 de abril de 1859 en que Miguel Miramón ordena a Leonardo Márquez, bajo su absoluta responsabilidad, el fusilamiento de los prisioneros con clase de oficiales. Practicante en servicio, es necesario ordenar tres veces

la voz de fuego para que los soldados disparen, sabedores de que ha atendido a los heridos de ambos bandos contendientes. A su corta edad ha escrito novelas, así *Gil Gómez el insurgente*, *La clase media* y *El diablo en México*, y versos reunidos en el volumen *Páginas del corazón*. Severo María Sariñana crea poemas de estilo sencillo y claro, donde desliza con delicado gusto su pensamiento, el cual enmarca lo mismo en ambientes profanos que religiosos, serios que sentimentales. Es lector de una poesía fúnebre a la muerte de Francisco Vértiz, y autor del libro *Trovas mexicanas*, en el cual queda reunido lo mejor de su producción.

El otro estudiante, español de origen, asimilado a México durante un lapso considerable, es señor de la literatura. Antonio García Gutiérrez, antes mencionado, puede ser reputado como uno de los más sustanciales representantes de la escuela romántica española, con influencia del romanticismo francés. Baste citar de él, entre sus dramas y además de *El Trovador famoso*, *El paje*, *El rey monje* y *Las bodas de doña Sancha*; de sus comedias, *Las hijas del tío Tronera* y *Los millonarios*; su zarzuela *El grumete*, romances de tema histórico y poemas como *Luz y tinieblas* o *La noche de verano*; en México escribe *La mujer valerosa*, *Los alcaldes de Valladolid* y *El secreto del ahorcado*. Ramón Isaac Alcaraz acusa reflejos de Byron, y Florencio María del Castillo es catalogado como el Balzac mexicano.

Escritos no médicos

Muchos más escritos no médicos, técnicos pudiéramos decir, brotan del caudal de conocimientos almacenados por ejercitantes de la medicina y colaboradores cercanos. Imposible en una reseña señalarlos todos. Samuel Basch es consultado hasta la fecha por su estudio *Recuerdos de México. Memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano: 1866-1867*. José Eleuterio González Mendoza —ese célebre "Gonzalitos", diminutivo cariñoso con que se le nombra en la región neolonesa—, redacta sus *Lecciones orales de historia de Nuevo León* y su *Manual de raíces griegas*. Vicente Licea toma su propia defensa en *El sitio de Querétaro. Apuntes relativos a aquel episodio; 1887*. Eduardo Liceaga encarga, como obra póstuma, *Mis memorias de otros tiempos*. José María Marroqui responde con sus *Estudios sobre verbos irregulares* y *Gramática de la lengua castellana*. Ignacio Martínez es ameno y florido en *Recuerdos de un viaje en América, Europa y Africa*, y en *Viaje universal. Visita a las cinco partes del mundo*. Gumersindo Mendoza, además de sus *Apuntes sobre José Mariano Mociño*, edita el *Catálogo de las colecciones histórica y arqueológica del Museo Nacional de México*. Mientras Aniceto Ortega del Villar logra su *Historia natural*, Ladislao de la Pascua —el que antes de ser médico estudia minería y al remate de su vida, una vez viudo, toma las órdenes del sacerdocio— deja escrito un *Tratado de Física*, muy leído dada la originalidad con

que trata el tema, y Francisco Patiño resume su ciencia en *La botánica en definiciones*. Antonio Peñafiel y Barranco es un estudioso de códices y documentos; su inclinación por la historia es manifiesta; rescata y da a conocer algunas obras inéditas u olvidadas, tales el *Diccionario tarasco* de Giberti, o los *Cuatro libros de la Naturaleza* de Francisco Ximénez, pero también prepara *Monumentos del arte antiguo mexicano, Indumentaria mexicana, Teotihuacán, Cantares mexicanos* y *Colección de documentos para la historia de México*, entre otras obras. Leopoldo Río de la Loza habla sobre *Las aguas potables de la ciudad de México, El pulque, El alumbrado de gas*, y coloca su *Introducción al estudio de la química* como texto obligado de la materia. Manuel Peredo fomenta el cabal conocimiento del idioma mediante su *Breve reseña de la formación, progresos y perfeccionamiento de la lengua castellana*. Luis E. Ruiz destaca porque produce sus *Nociones de Lógica, Nociones de Ciencias, Aritmética elemental y Tratado elemental de Pedagogía*. Manuel Saturnino Soriano es alabado por la crítica al publicar la *Semiótica de la lengua*. Manuel Urbina y Altamirano y Manuel María Villada, naturalistas de relieve, escriben respectivamente: *El peyote y el ololiuhqui, Plantas comestibles de los antiguos mexicanos, Notas acerca de los tzauhtli u orquídeas mexicanas* y *La chía y sus aplicaciones*, el primero de ellos, y *Apuntes de la fauna fósil del Valle de México* y *Flora mexicana indígena*, el segundo. Para finalizar, en este renglón tiene cabida William Walker, redactor de *History of the war in Nicaragua*.

A propósito de William Walker hay que abrir un paréntesis, como mención original. Nacido en Nashville, se gradúa de médico en la Universidad de Filadelfia. También estudia leyes. Eterno revoltoso, acude a Guaymas para solicitar los derechos de colonización de Arizpe. Al serle negados, se convierte simple y sencillamente, de la noche a la mañana, en filibustero: en San Francisco y para 1853 prepara un barco, el *Caroline*, con el cual asalta La Paz; tras la toma de la ciudad, iza la bandera de la República de Sonora y luego se retira, al avance de Manuel Márquez de León, quien viene sobre él desde Todos Santos; refugiado en Ensenada, establece su gobierno y se hace llamar presidente. En San Vicente hace jurar su bandera, ya en 1854. Perseguido por Francisco Javier del Castillo Negrete, cruza la frontera y va a San Diego. Arrestado, es absuelto en los Estados Unidos. Marcha a Nicaragua. Costa Rica y Honduras le declaran la guerra. Tras corto tiempo de permanencia en su país, donde es recibido como héroe, retorna a Honduras. Tropas inglesas lo apresan en Río Tonto. Entregado a las autoridades hondureñas, es fusilado en Trujillo durante 1860. ¡Triste fin de un médico filibustero, ligado a la historia de México!

De quienes están cerca de la medicina, Miguel María Bustamante y Septién escribe un *Curso de botánica elemental*. Alfonso Herrera es conocido por su *Catálogo de la colección de drogas indígenas presentadas en la exposición de Filadelfia*

y sus estudios *La farmacia y las boticas de México* y *El chayote*. Francisco del Paso y Troncoso, extraordinario nahuatlato, investigador y catalogador razonado y científico de los objetos que tiene a su alcance, historiador y coleccionista de manuscritos, deja gran cantidad de obras inéditas, pero da a luz los *Papeles de Nueva España*, la reproducción facsimilar de los manuscritos matritenses de fray Bernardino de Sahagún y *Los libros de Anáhuac*; póstumos se editan los dieciseis volúmenes del *Epistolario de la Nueva España*. Cecilio Agustín Robelo, otro portentoso indagador de la arqueología y la historia, lega a la posteridad su *Vocabulario etimológico de literatura*, el *Diccionario de aztequismos* y los *Nombres de reyes de México*. *Estudio etimológico*, entre muchos textos, algunos publicados directamente por él, puesto que además resulta impresor.¹³

Palmas académicas

Por el dominio de la lengua y de la historia, tres médicos de entre los biografiados reciben la distinción de pertenecer a la Academia Nacional de Historia o la Mexicana de la Lengua como miembros de ellas. Manuel Eulogio Carpio es socio de ambas; José Peón y Contreras y Manuel Peredo actúan como socios correspondientes de la Real Academia Española de la Lengua. Entre los no médicos, Antonio García Gutiérrez desde luego ingresa a esta última, y Atenógenes Silva y Alvarez Tostado, que al principio de su vida sigue un curso de farmacia y después decide sumarse a la carrera eclesiástica, pero que añade altos vuelos literarios, a la Academia Mexicana de la Lengua.

Traducción

La traducción de obras relevantes, dificultosa si es correcta o agrega lucimiento a los originales sin desvirtuarlos, es complemento literario practicado por médicos y personajes cercanos a la medicina. Fernando Altamirano y Rojas traduce al castellano la *Historia natural de Nueva España* de Francisco Hernández; Manuel Eulogio Carpio, los *Aforismos* y *Pronósticos* de Hipócrates; Dionisius Jourdanet, la versión al francés de Bernal Díaz del Castillo y de la *Historia general de las cosas de la Nueva España* de Sahagún, ésta en colaboración con otras personas; Tobías Núñez las *Memorias* del doctor Mount Bleyer; y Manuel Peredo, un fragmento del *Infierno* del Dante. Cecilio Augusto Robelo vierte al español la mayor parte del *Diccionario náhuatl*, de Rémi Simeón.¹⁴

Periodismo

Afición ligada a la literatura es el periodismo. La colaboración en revistas y periódicos viene a ser labor rutinaria para ciertos médicos y quienes re-

presentan la fracción vecina. Agustín F. Cuenca escribe para *El Porvenir* y *El Interino*, Valentín Gómez Farías dirige *El Imparcial* y *El Aguila*, Juan Manuel González Ureña colabora con *El Sol* y *El Siglo XIX*, e Ignacio Martínez funda *El Mundo*, en Brownsville. *La Naturaleza*, órgano de difusión de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, da cabida a ciertos artículos de Gumersindo Mendoza, quien además funda *Los Anales del Museo Nacional*. Juan N. Navarro es colaborador de *El Museo Mexicano*, en tanto Fernando Orozco y Berra publica su periódico teatral *El entre-acto*, por demás satírico, participa en *El Monitor Republicano* y actúa como redactor de *El Siglo XIX*. Manuel Peredo envía su colaboración a varios periódicos o revistas, Manuel Saturnino Soriano contacta con *La Naturaleza* y *El Observador Médico*, Manuel Urbina y Altamirano también registra artículos en *La Naturaleza*, y William Walker edita en San Francisco el *Daily Herald*. De los estudiantes de medicina, Manuel Acuña publica poesía en *El Renacimiento*, *El Federalista* y *El Eco de Ambos Mundos*, y Ramón Alcaraz escribe artículos políticos en *El Monitor*, pero además colabora con las revistas *El Museo*, *El Liceo Mexicano* y *El Album Mexicano*, y con los periódicos *El Siglo* y *La Revolución*. Florencio María del Castillo coloca su producción en *El Monitor Republicano*. Juan Díaz Covarrubias acude a este último, a *El Siglo XIX* y el *Diario de Avisos*; su obra periodística se ve reunida en un tomo, intitulado *Impresiones y sentimientos*. Cecilio Agustín Robelo es redactor de *El Acusador*. Y el naturalista Miguel María Bustamante y Septién, del *Seminario de Agricultura*.

Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística

La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, para tales tiempos institución cultural de reconocido mérito, incluye entre sus socios, cuando menos, a José María Bandera, Manuel Eulogio Carpio, Manuel Nicolás Corpancho, Lauro María Jiménez, Dionisius Jourdanet, Francisco Patiño, Ignacio Pombo, Maximino Río de la Loza, Agustín Ruiz Olloqui, Manuel María Villada, Manuel Acuña y Blas Escontría y Bustamante.

Oratoria

La oratoria no es tan del agrado o de facilidad para los biografiados. Dos son los oradores de categoría: Juan Manuel González Ureña y sobre todo Francisco Preto y Neto, diputado a las Cortes españolas, donde destaca en tal sentido. Quien imparte lecciones de declamación es Manuel Peredo.

Plástica

La plástica ofrece un pequeño grupo de cultivadores: Lauro María Jiménez se inclina por su estudio, José María Mata aplica su afición por la

pintura, y Rafael Lucio demuestra su gran sensibilidad artística en la *Reseña histórica de la pintura mexicana en los siglos XVII y XVIII*. En cierta época, Ramón Isaac Alcaraz resulta director de la Academia de San Carlos, y Ramón S. de Lascuráin, de la Academia de Bellas Artes, a la cual embellece con obras de gran valor artístico.

Música

De la música hay algo más que decir. José Ignacio Durán, aficionado a ella, establece el 14 de enero de 1866 la Sociedad Filarmónica Mexicana, convertida más tarde en el Conservatorio Nacional de Música, junto con un grupo de amigos, entre ellos Eduardo Liceaga y Ramón Romero de Terreros. Manuel Peredo ayuda también a la fundación del Conservatorio, y elabora el plan de estudios de este plantel. Mas quien en este renglón se lleva la palma por su extraordinario desempeño, es Aniceto Ortega del Villar: si bien interviene en el despertar de la Sociedad Filarmónica Mexicana, redactando además el *Reglamento* del Conservatorio, es compositor reconocido. Su marcha *Zaragoza*, cantada por los republicanos durante la Guerra de Intervención, es ejecutada en el Teatro Nacional el 1 de octubre de 1867, junto con otra que acaba de preparar, por nombre *Republicana*. Aparte de numerosos vales, nocturnos y fantasías que escribe, recibe el alto honor de que su ópera *Guatimotzin* sea interpretada por la soprano Angela Peralta y el tenor Enrico Tamberlinck.

Química, farmacia, botánica e historia natural

Química, farmacia, botánica e historia natural entrelazan sus atribuciones durante el siglo XIX. Los médicos están íntimamente adheridos a tal madeja. Más allá de lo que hemos apuntado, Lauro María Jiménez adquiere el herbario del célebre botánico español Vicente Cervantes, el cual somete a una clasificación moderna. Francisco Patiño es uno de los más importantes químicos farmacéuticos mexicanos de su tiempo. Antonio Peñafiel cumple como secretario general de la Sociedad de Historia Natural, de la cual Manuel Urbina y Altamirano es presidente alguna vez. Maximino Río de la Loza, apasionado por las ciencias químicas, llega a ser aceptado como químico en la Academia Imperial de Bellas Artes. Manuel María Villada establece la cátedra de botánica agrícola y tiene a su cargo la sección de botánica del Museo Nacional. Miguel María Bustamante y Sep-tién levanta el plano del Hospicio de Santo Tomás para construir allí el Jardín Botánico. Blas Escontría y Bustamante crea la Junta Central de Bosques y fomenta el estudio de flores regionales, en tanto José Vargas imparte lecciones gratuitas de farmacia teórico-práctica.

Salubridad y beneficencia

El cambio mayor que la medicina de este siglo experimenta se relaciona con el despertar relampagueante de la salubridad en el país; a ella se halla ligada la beneficencia. El Consejo Superior de Salubridad comienza a funcionar en 1833, cuando se expide el primer Código Sanitario, mientras que la Dirección General de Beneficencia aparece hacia 1861. En conexión con ambas dependencias y disciplinas figuran muchos médicos, destacando entre ellos Eduardo Liceaga.¹⁵

Escuela Nacional de Medicina

Del Establecimiento de Ciencias Médicas la enseñanza se traslada a la Escuela Nacional de Medicina. Entre los biografiados muchos tienen relación con la casa de estudios. Aparecen directores, así Manuel Carmona y Valle, José Ignacio Durán, Eduardo y Casimiro Liceaga, Rafael Lucio, Francisco Ortega del Villar, Leopoldo Río de la Loza y José María Vértiz; vicerrectores, como Pedro José Escobedo y Felipe Ignacio Erazo; secretario, como Ladislao de la Pasqua; y bibliotecario, como José Ferrer Espejo. Ricardo Vértiz y Berruecos y Andrés Almaraz son considerados como de los más brillantes alumnos. De quienes contactan con ella merece especial mención Luis Gonzaga Vieyra, gobernador al que toca en turno publicar los bandos sobre los estudios médicos y las atribuciones de la recién creada Facultad de Medicina, y sobre nueva reglamentación de la enseñanza y ejercicio de la medicina, según la propuesta del Establecimiento de Ciencias Médicas y del Consejo de Salubridad del Departamento de México.

Academias

Conocida es la sucesión de los tres esfuerzos realizados durante el siglo XIX por alcanzar la meta de consolidación en el academismo médico: la primera Academia, organizada para 1836 por profesores del recién instalado Establecimiento de Ciencias Médicas, así Casimiro Liceaga, Pedro Escobedo, Manuel Eulogio Carpio, Ignacio Erazo y otros, da paso a la segunda, establecida en casa del doctor Leopoldo Río de la Loza en 1851, y a la tercera, vigente hasta la fecha, que data de la instalación de la Comisión Científica, Literaria y Artística de México durante 1864. A ellas pertenecen muchos de los biografiados. Presidente de la inicial, al menos, Manuel Eulogio Carpio; de la siguiente, Leopoldo Río de la Loza, y de la postera, varios: Agustín Andrade, José María Bandera, José María Barceló y Villagrán, Manuel Carmona y Valle, Francisco de Paula Chacón, Manuel J. Domínguez Quintanar, Carlos Alberto Ehrmann, Luis Hidalgo y Carpio, Lauro María Jiménez, Miguel Francisco Jiménez, Rafael Lavista, Eduardo Liceaga, Rafael Lucio, Demetrio Mejía, Francisco Ortega del Villar, José María Reyes, Juan María

Rodríguez Arangoiti, Luis E. Ruiz y Federico Se-meleder. Vicepresidentes: Julio Carlos Alberto Cle-ment, José Pablo Martínez, Ildefonso Velasco y Ricardo Vértiz Berruecos. Secretarios: Gabino Ba-rreda y Manuel Saturnino Soriano.¹⁶ Caso insólito

¹⁶ Alrededor de 95 de los 86 biografiados resultan ser socios numerarios de la Academia. No se enlistan. Sólo señalamos que los hay también correspondientes: José María Bandera, Ignacio Pombo, Rafael Montañó Ramiro —quien en el *Directorio* de la Academia figura curiosamente como Ramiro Rafael Montañó—, Samuel Basch, Agustín Ruiz Olloqui e Ignacio Alvarado.

to, el de Isidoro Olvera, quien al rechazo que la Academia hace de dos *Memorias* suyas, una sobre el cólera y otra sobre el tifo, y luego ser interrumpido durante la lectura de una conferencia que se considera poco académica, solicita no pertenecer más a ella.¹⁷ Cabe dar crédito, en cambio, al

¹⁷ Isidoro Olvera presenta sus dos *Memorias* el 30 de abril de 1852; el rechazo tiene lugar el 31 de julio inmediato. La interrupción de su conferencia ocurre justamente un mes después.

mismo Manuel Saturnino Soriano por su devoción hacia el órgano oficial de la corporación, la GACETA MÉDICA DE MÉXICO. Durante casi treinta años la dirige y edita; allí publica más de medio centenar de colaboraciones suyas, la mayoría referentes a estudios estadísticos, bibliografías, directorios médicos, apuntes biográficos y notas necrológicas.

Investigación y primicias

Ni duda cabe de que gracias al aprovechamiento de la ideología médica francesa y el olvido concomitante de la tradición científica española, la medicina mexicana del siglo XIX muestra dentro de su desenvolvimiento un sinnúmero de hechos sobresalientes. Los médicos responden al cambio con la emigración hacia el Viejo Mundo: atrapan la experiencia y, a su retorno esparcen el conocimiento, formando escuela. Los grandes nombres van surgiendo hacia la posteridad. La investigación y las primicias toman registro con cierta regularidad. De los biografiados, conviene señalar que muchos de ellos participan en el impulso de la ciencia médica. Fernando Altamirano y Rojas organiza, así, el primer laboratorio de fisiología en el país. Lauro María Jiménez es el primer médico mexicano que realiza observaciones microscópicas al investigar sobre ciencias naturales; Miguel Francisco Jiménez inaugura la plaza de prosector de anatomía; José Peón Contreras hace lo propio con la cátedra de enfermedades mentales en la Escuela Nacional de Medicina, y José Ferrer Espejo y Cienfuegos es el primer cirujano que practica una autopsia en la ciudad de México. Si se trata de verdaderas innovaciones para su tiempo, Joaquín Blengio y Molina introduce el uso de las jeringuillas hipodérmicas, Ramón Macías el de la tintura de yodo como antiséptico, y José Pablo Martínez del Río el del éter y el cloroformo. Ricardo Vértiz y Berruecos practica la

primera curación con el método de Lister en el Hospital de San Pablo. Mientras Leopoldo Río de la Loza produce por vez primera en México oxígeno, hidrógeno, anhídrido carbónico y nitrógeno, José María Barceló es inventor de varios instrumentos quirúrgicos, trócares de paracentesis entre ellos, y Manuel Carmona y Valle da a conocer el oftalmoscopio. Si de procedimientos quirúrgicos se trata, Agustín Andrade inicia el tratamiento del glaucoma agudo por iridectomía, Rafael Lavista introduce la técnica de la uretrocistotomía y ovariectomía, Aniceto Ortega del Villar —interesado en la obstetricia— idea la de la embriotomía que lleva su nombre, y Juan María Rodríguez Arangoiti ejecuta las primeras versiones por maniobras externas y la primera cesárea con la modificación de Porro, aparte de que registra las reglas precisas para la administración de ocitócicos, el tratamiento de las hemorragias uterinas, y señala los caracteres propios de las pelvis mexicanas; José María Vértiz cura el absceso hepático mediante la canalización continua. En otros aspectos, Francisco Montes de Oca simplifica métodos quirúrgicos, Luis Muñoz investiga sobre la vacuna, Ladislao de la Pascua escribe el primer trabajo en México acerca de la lepra, e Ildefonso Velasco participa en la elaboración de los primeros reglamentos sanitarios. Gumersindo Mendoza investiga los efectos tóxicos de las sanguijuelas y encuentra la *Cantarida eucera*, sobre la cual escribe el artículo *Apuntes para la monografía de los insectos vesicantes indígenas*. En terreno ajeno a la medicina, José Eleuterio González Mendoza es el primer maestro de literatura y humanidades que posee Monterrey. Podrían citarse otras primicias, pero con ellas basta.

Variaciones

Dentro de la existencia de cada ser ruedan o convergen múltiples pequeñeces o hechos difíciles de conjuntar bajo un sólo rubro. Podrían catalogarse como curiosidades, sorpresas, novedades quizá, extravagancias en determinada ocasión. Incidentes circunstanciales. Nuestros biografiados no carecen de tales: acusan detalles o pasajes merecedores de un señalamiento, por efímero que éste parezca. De tal suerte, y durante el iturbidismo, José Ignacio Durán resuelve incorporarse al Ejército Trigarante; Anastasio Bustamante, unido al Plan de Iguala, es firmante del Acta de Independencia; Valentín Gómez Farías proclama el Plan mismo; y Luis Gonzaga Vieyra dicese que conserva en su poder el documento original que provoca la libertad de la nación. Casimiro Liceaga sirve en las fuerzas de José María Morelos, e Isidoro Olvera, mucho después, participa en las discusiones parlamentarias de 1856 y firma la Constitución de 1857. Mientras Ignacio Martínez en Guadalajara derrota al general Florencio Antillón, otro Florencio María, en este caso del Castillo, trata de ayudar al partido republicano mediante la venta de su única propiedad en la capital, una casa que aun está en construcción. En el extranjero, a

Manuel Anaya y Jaime-Aguirre tócale en suerte embalsamar, recién llegado a París, al célebre músico judío alemán Jacobo Liebman Beer, más conocido como Giacomo Meyerbeer. Dionisius Jourdanet, de espíritu aventurero, explora el Usumacinta y el Grijalva, recorre los Estados de Chiapas, Tabasco y Yucatán, y como alpinista que es, escala la Malinche con el objeto de registrar los efectos de la altitud atmosférica en el organismo humano. Por sus méritos relevantes, José Eleuterio González Mendoza y Simón Sarlat Nova son proclamados beneméritos en sus respectivas entidades: González en Nuevo León y Sarlat en Tabasco. Para los tiempos que corren, Juan María Rodríguez Arangoiti causa asombro al dominar cinco idiomas y traducir el latín y el griego. Juan Antonio de la Fuente contribuye al desarrollo del Ateneo de Saltillo, por lo que a la larga y en su memoria ostenta su nombre. Ladislao de la Pascua, al adquirir la vocación eclesiástica, funge como cura de Tacubaya, de la Santa Veracruz, y es canónigo de la Colegiata de Guadalupe. En tanto, Francisco Patiño hace las veces de perito en el análisis de vinos, textiles, tejidos y otros artículos, Antonio Peñafiel levanta el primer censo del país según métodos modernos. José Pablo Martínez del Río es dueño del rancho de La Hormiga, hoy residencia presidencial de Los Pinos.

Relacionados con el ámbito médico, dos casos: el curioso del permiso para ejercer la profesión, que se otorga a Felipe Ignacio Erazo y Ocampo a la corta edad de veinte años, en virtud de sus especiales dotes, y el encomiable atribuido a Luis E. Ruiz, por cuya iniciativa las calles de la colonia Hidalgo de la capital ostentan los nombres de célebres médicos mexicanos. Amén del más insólito: el de quien figura como biografiado con los datos exclusivos que de él se conocen, colocados en el reverso de la fotografía suya, único testimonio que en efecto lo pinta. Por nombre José Planas, así se le retrata: "Fue notable estudiante y obtuvo en sus cursos el primer premio; a ese pesar nunca lo tuve por hombre de gran talento y sus triunfos los debió a su dedicación, a su puntual asistencia a las clases, a sus miramientos y respeto hacia los profesores. En su examen profesional fue aprobado por aclamación. Ejerció en Toluca hasta el año de 1886 desde el de 1882 en que se recibió. En el curso del año de 1886 fue a París y después de cuatro o seis meses vino y se declaró especialista de ojos y obtuvo gran clientela. Entró a la Escuela como adjunto de patología interna en concurso con Tomás Noriega y según la... —¿acta, opinión?— estudiantil mereció la plaza Noriega, pero su reputación le granjeó la plaza".

Filantropía

El amor del género humano no es atributo frecuente. Cuéntase que José María Vértiz y Delgado, entre los médicos del siglo XIX, ofrecía no sólo bondad, sino gran apoyo económico a sus enfermos. Hablamos ya de María Concepción Béis-

tegui y de Ignacio Valdivielso. Mencionamos en distintas oportunidades a Francisco Preto y Neto, y en una a Román S. de Lascuráin. Pero no externamos de estos dos últimos que el primero de ellos funda en Tampico una Junta de Beneficencia Española, precursora en el país de lo que en 1842 trata de encauzarse hacia la sociedad protectora de todos los españoles residentes en México, y que el segundo aporta recursos para el sostenimiento del Asilo de Mendigos, del cual es miembro de la Junta Directiva.

Cuatro biografiados más contactan con la filantropía. Luis Haro y Tamariz, fundador de la Casa de Maternidad de Puebla, no la llega a ver concluida; al morir lega 100 000 pesos para su prosecución; los albaceas José Antonio Pérez Marín, Clemente López y Vicente Gutiérrez Palacio cumplen con el testamento, encargando el seguimiento del edificio al arquitecto Eduardo Tamariz y Almendaro. Este, segundo de los filántropos, completa la Casa en forma gratuita: de estilo morisco y con una capilla dedicada a la Virgen de la Maternidad, es inaugurada en el transcurso de 1885 por el gobernador Rosendo Márquez. Francisco Somera, ingeniero y político, interesado siempre en las obras del Desagüe del Valle de México, una vez retirado se dedica a realizar obras caritativas. A su muerte dedica un legado de 150 000 pesos para aplicar, con sus rentas, a un cierto número de camas en centros asistenciales, entre ellos el Hospital de Jesús, la Beneficencia Española, la Beneficencia Francesa, el Hospital Norteamericano y el Hospital de Valdivielso; el albacea que se encarga de administrar los bienes del legado es el licenciado Juan B. Alamán; como la Beneficencia Española le guarda siempre una inmensa gratitud, le esculpe un busto de mármol que instala en su sanatorio. Ignacio Trigueros es el cuarto de los filántropos: amén de ser fundador del Hospicio Veracruzano, implanta la Escuela de Sordomudos en 1867, con los métodos más modernos para el aprendizaje, y la Escuela de Ciegos hacia 1870.

Perspectiva

El análisis del libro permite recorrer el panorama de la medicina en México a lo largo de un gran trecho del siglo XIX. Ese panorama, donde las ideas difundidas por la Ilustración hacia los finales hasta un pensamiento materialista, objetivo, en donde la teoría y la acción fincan su verdad en los perfiles experimentales obtenidos directamente de la naturaleza.¹⁸ La medicina absorbe un rumbo novedoso: el de la clínica, al contacto directo del enfermo. El médico se despoja de la vieja patología humoral y es arrastrado de lleno por la corriente romántica y del positivismo. La enseñanza, expoliada por Valentín Gómez Farías hasta lograr su resurgimiento, es conducida después hacia la aplicación del método inductivo, partiendo de los hechos más simples conocidos por la observación y experimentación —donde se logra el enunciado de las leyes que rigen los fenómenos—, en tiempos de Gabino Barreda. El

sentir médico de la época no se detiene dentro de los estrechos límites de la disciplina, sino que se remonta más allá y atisba los balbucesos de una medicina social incipiente. El remate del XIX estará dado por la figura relevante de quien con su ejemplo y bajo su estricto sentido clínico prepara los grupos que deben completar la metamorfosis: José Terrés.

Conclusión

Los médicos y personajes yuxtapuestos a la medicina en la secuencia del libro que engloba mil fichas iconobiográficas conjunta un porcentaje valioso. Durante el lapso crucial de desenvolvimiento del siglo XIX, como dentro de cualesquiera épocas, la profesión médica y sus ejercitantes resultan ingredientes necesarísimos, representativos de su tiempo. Empero, puede observarse con entera claridad cómo el médico va más allá de su ciencia, inmiscuyéndose en territorios los más dispersos. No existe terreno vedado para él. En un recodo cualquiera brotan sus dotes concluyentes de político, diplomático, militar, gobernante, educador y artista. Para fortuna nuestra, sólo una vez prende en el médico —dentro de este recorrido— la aventura del filibusterismo. Las letras y los viajes representan gran incentivo suyo, como si en el solaz que producen, espuma suave dentro de una agitada vida, estuviesen la compensación o el equilibrio hacia el recuerdo doloroso que retiene con frecuencia. El hombre, siempre el hombre: uno y distinto, ése que apenas conocemos. Como dijera Pascal: "un intermedio entre la nada y el todo: nada con respecto al infinito; todo con respecto a la nada...".

De los imperialistas, Luis Hidalgo y Carpio, Miguel Francisco Jiménez y Luis Muñoz forman parte o concurren a la Junta de Notables. Angel Iglesias y Domínguez acude a Miramar con la comisión que ofrece el trono a Maximiliano; retorna como miembro del séquito imperial y luego es secretario del gabinete del emperador. Otro médico, Agustín Ruiz Olloqui, toma a su cargo los servicios médicos del ejército imperialista en el sitio de Querétaro, habilitando los Hospitales Civil, San Francisco y el situado en el Casino Español. Federico Semeleder es solicitado como médico particular de Maximiliano y Carlota; lo suplente Samuel Basch cuando renuncia al cargo, al no estar conforme con la política seguida por el archiduque. Samuel Basch es médico de cámara y secretario del emperador; prisionero en Querétaro, cuida a Maximiliano, acompañándolo hasta sus últimos momentos; recoge su cadáver y lo conduce a Austria. Francisco Javier Miranda y Morfi, relevante figura del conservadurismo, ha pretendido estudiar medicina en la capital.

⁴ Enlistados los doce, son: Ignacio Alvarado, José María Barceló y Villagrán, Gabino Barrera, Anastasio Bustamante, Ignacio Gama, Angel Iglesias, Casimiro Liceaga, Juan N. Navarro, Francisco Ortega del Villar, Leopoldo Río de la Loza, Maximino Río de la Loza y Pedro van der Linden.

⁵ Dos franceses sirven en el cuerpo expedicionario que interviene en México: León Coindet y Carlos Alberto Ehrmann, este último médico en jefe. Los veinticinco mexicanos son: José María Barceló y Villagrán, Anastasio Bustamante, Perfecto G. Bustamante, José Ignacio Durán, Pedro José Escobedo y Aguilar, José Ferrer Espejo y Cienfuegos, Ignacio Gama, José Eleuterio González Mendoza, Luis Hidalgo y Carpio, Casimiro Liceaga, Ramón Macías, Ignacio Martínez, Juan N. Mirafuentes, Francisco Montes de Oca, Juan N. Navarro, Tobías Núñez, Francisco Ortega del Villar, Ladislao de la Pascua y Martínez, Francisco Patiño, Antonio Peñafiel y Baranco, Ignacio Pombo, Agustín Ruiz Olloqui, Manuel Saturnino Soriano, Pedro van der Linden y Pedro del Villar Gutiérrez y Bravo de Hoyos.

⁶ Tres médicos más figuran en la política: Miguel Anaya y Jaime Aguirre, Félix Arreguín y Pedro van der Linden.

⁷ Otros más, relacionados con la medicina en alguna forma, ocupan cargos públicos: Ramón Isaac Alcaraz, Andrés Almaraz, Abraham Bandala y Patiño, Florencio María del Castillo, Román S. de Lascaráin, Francisco Javier Miranda y Morfi, Cecilio Agustín Robelo, Francisco Somera, Ignacio Trigueros, José Vargas y Luis Gonzaga Vieyra.

⁸ Quien también ostenta cargo diplomático es Francisco Preto y Neto: funge como uno de los primeros cónsules españoles en territorio mexicano, así en Tampico para 1840, y en la capital hacia 1842.

⁹ En el texto aparecen como profesores de alguna o varias asignaturas 48 médicos, o sea más de 50 por ciento del total de ellos. Cinco personajes ligados a la medicina también registran serio interés pedagógico, aun cuando este no se refiera a la ciencia médica: Andrés Almaraz, Miguel María Bustamante y Septién, Alfonso Herrera, Atenógenes Silva y Alvarez Tostado y José Ignacio Valdivielso.

¹⁰ También figuran cerca de la enseñanza y la educación: Blas Esconrúa y Bustamante y José Vargas.

¹¹ Joaquín Blengio y Molina, Manuel Eulogio Carpio Hernández, Manuel Nicolás Corpancho, Agustín F. Cuenca, Manuel J. Domínguez Quintanar, Juan Manuel González Ureña, José María Marroqui, Demetrio Mejía, Juan N. Na-

NOTAS

¹ Jaime Torres Bodet. *El Museo Nacional de Historia*. Discurso leído en la inauguración del Museo Nacional de Historia en el Castillo de Chapultepec. México, D. F., 27 de septiembre de 1944.

² Son extranjeros: Samuel Siegfried Karl Ritter von Basch, Julio Carlos Alberto Clement, León Coindet, Manuel Nicolás Corpancho, Carlos Alberto Ehrmann, Dionisius Jourdanet, Julio Schulze, Federico Semeleder, Pedro van der Linden y William Walker, entre los médicos; Micaela Ayáns, Antonio García Gutiérrez y Francisco Preto y Neto, entre quienes tienen alguna liga con la medicina.

³ Añádense a los liberales Rafael Lucio Nájera, José María Marroqui, Juan N. Mirafuentes, Juan N. Navarro e Ignacio Pombo. Francisco Preto y Neto, español de origen, liberal, ligado a la medicina por sus nexos con la Beneficencia Española, es miembro prominente de la masonería.

varro, Fernando Orozco y Berra, Aniceto Ortega del Villar, Francisco Ortega del Villar, Francisco Patiño, José Peón y Contreras y Manuel Peredo.

¹² Manuel Acuña, Ramón Isaac Alvarez, Florencio María del Castillo, Juan Díaz Covarrubias, Antonio García Gutiérrez y Severo María Sariñana.

¹³ Amén de ellos, Andrés Almaraz y José Vargas añaden escritos no médicos de cierto interés.

¹⁴ Naturalmente, muy aparte de las traducciones técnicas médicas, así las *Lecciones elementales sobre el arte de los partos*, de Garnot, dadas al español por José Ferrer Espejo y Cienfuegos; *Investigaciones experimentales sobre la temperatura animal*, de Claudio Bernard, y *Examen del ojo por el oftalmoscopio*, del doctor Follin, por Angel Iglesias; y el *Resumen del arte de los partos para el uso de los estudiantes de medicina y de las discípulas matronas*, de M. Chevreul, por Pedro del Villar Gutiérrez y Bravo de Hoyos.

¹⁵ Al Consejo Superior de Salubridad pertenecen Eduardo Liceaga, a cuya iniciativa se debe su fundación; José María Barceló y Villagrán, Manuel Eulogio Carpio, Pedro José Escobedo y Aguilar, José Eleuterio González Mendoza, Luis Hidalgo y Carpio, Ramón Macías, Leopoldo Río de la Loza, Luis E. Ruiz, Hldefonso Velasco, Manuel María Villada y Alfonso Herrera. Y a la Dirección General de Beneficencia, Miguel Alvarado y Francisco de Paula Chacón, cuando menos.

¹⁶ Gonzalo Aguirre Beltrán. *El pensamiento médico de México durante el siglo XIX*. Mesa redonda *El médico en la sociedad mexicana del siglo XIX*. En: *Memorias del II Congreso de la Academia Nacional de Medicina*. Volumen II, p. 19.

Clement, Julio Carlos Alberto.
Coindet, León.
Corpancho, Manuel Nicolás.
Covarrubias y Acevedo, León.
Cuenca, Agustín F.
Chacón, Francisco de Paula.
Domínguez Quintanar, Manuel I.
Durán, José Ignacio.
Ehrmann, Carlos Alberto.
Erazo y Ocampo, Felipe Ignacio.
Escobedo y Aguilar, Pedro José.
Ferrer Espejo y Cienfuegos, José.
Gama, Ignacio.
Gómez Farías, Valentín.
González Mendoza, José Eleuterio.
González Ureña, Juan Manuel.
Herrera y Cairo, Ignacio.
Hidalgo y Carpio, Luis.
Iglesias y Domínguez, Angel.
Jiménez, Lauro María.
Jiménez, Miguel Francisco.
Jourdanet, Dionisio.
Lavista, Rafael.
Leguía, Fernando.
Licca, Vicente.
Liceaga, Eduardo.
Liceaga y Quesada, Casimiro.
Lucio Nájera, Rafael.
Macías, Ramón.
Marroqui, José María.
Martínez, Ignacio.
Martínez del Río, José Pablo.
Mejía, Demetrio.
Mendoza, Gumersindo.
Mirafuentes, Juan N.
Montaño, Ignacio.
Montaño Ramiro, Rafael.
Montes de Oca, Francisco.
Muñoz, Luis.
Navarro, Juan N.
Núñez, Tobías.
Olvera, Isidoro.
Orozco y Berra, Fernando.
Ortega del Villar, Aniceto.
Ortega del Villar, Francisco.
Pascua y Martínez, Ladislao de la.
Patiño, Francisco.
Peñañiel y Barranco, Antonio.
Peón y Contreras, José.
Peredo, Manuel.
Planas, José.
Pombo, Ignacio.
Rceyes, José María.
Río de la Loza, Leopoldo.
Río de la Loza, Maximino.
Rodríguez Arangoiti, Juan María.
Ruiz, Luis E.
Ruiz Olloqui, Agustín.
Sarlát Nova, Simón.
Schulze, Julio.
Semeleder, Federico.
Soriano, Manuel Saturnino.
Urbina y Altamirano, Manuel.
Van der Linden, Pedro.
Velasco, Hldefonso.
Vértiz y Berruecos, Ricardo.
Vértiz y Delgado, José María.
Villada, Manuel María.
Villar Gutiérrez y Bravo de Hoyos, Pedro del.
Walker, William.

MEDICOS QUE APARECEN EN EL LIBRO

MIL PERSONAJES EN EL MEXICO DEL SIGLO XIX

Altamirano y Rojas, Fernando.
Alvarado, Ignacio.
Alvarado, Miguel.
Anaya y Jaime-Aguirre, Manuel.
Andrade, Agustín.
Arreguín, Félix.
Bandera, José María.
Barceló y Villagrán, José María.
Barreda, Gabino.
Basch, Samuel Siegfried Karl Ritter von.
Blengio y Molina, Joaquín.
Bustamante, Anastasio.
Bustamante, Perfecto G.
Capetillo y Martínez, José Ignacio.
Carmona y Valle, Manuel.
Carpio Hernández, Manuel Eulogio.

PERSONAJES RELACIONADOS EN ALGO
CON LA MEDICINA, APARECIDOS EN EL
MISMO TEXTO

Acuña, Manuel: estudiante.
Alcaraz, Ramón Isaac: estudiante.
Almaraz, Andrés: farmacéutico.
Ayáns, Micaela: enfermera en jefe del Hospital de San Pablo.
Bandala y Patiño, Abraham: hijo de médico, doctor Pedro Pablo Bandala.
Béistegui y García, María Concepción Máxima Trinidad: filántropo, fundadora del Hospital Béistegui.
Bustamante y Septién, Miguel María: botánico.
Castillo, Florencio María del: estudiante.
Covarrubias y Mejía, José María: hijo de médico, doctor Ramón Covarrubias.
Díaz Covarrubias, Juan: estudiante, practicante.
Fuente, Juan Antonio de la: estudiante.
García Gutiérrez, Antonio: estudiante.
Haro y Tamariz, Luis: fundador por legado de la Casa de Maternidad de Puebla.
Herrera, Alfonso: estudiante, farmacéutico.
Herrera y Cairo, Anacleto: estudiante.
Lancaster Jones, Adolfo: estudiante.
Lascuráin, Román S. de: director del Hospicio de Pobres, relación con la Beneficencia Pública.

Mata, José María: estudiante.
Mejía Escalada, Francisco: estudiante de farmacia.
Miranda, Francisco Javier: estudiante.
Paso y Troncoso, Francisco del: estudiante.
Peza Fernández de Córdoba, Juan de Dios Ignacio de la: hijo de médico, doctor José Manuel de Icaza Mora.
Preto y Neto, Francisco: fundador de la Sociedad de Beneficencia Española.
Robelo, Cecilio Agustín: estudiante.
Sariñana, Severo María: estudiante.
Silva y Alvarez Tostado, Atenógenes: estudiante de farmacia.
Somera, Francisco: benefactor del Sanatorio Español.
Tamariz y Almendaro, Eduardo: fundador de la Casa de Maternidad de Puebla.
Trigueros, Ignacio: fundador de las Escuelas de Sordomudos y Ciegos.
Valdivielso, José Ignacio: fundador del Instituto Oftalmológico Valdivielso, hoy Hospital de la Luz.
Vargas, José: farmacéutico.
Vieyra, Luis Gonzaga: dictador de disposiciones sobre estudios médicos.

